

pués de la desaparición del período clásico anterior al estagirita sobrevino la decadencia de esta vida científica tan rica y tan fecunda que siguió á la muerte de Aristóteles; más tarde los espíritus indecisos se refugiaron en este sistema que parecía brindarles la protección más poderosa; durante algún tiempo el astro de la escuela peripatética brilló con luz intensa al lado de las otras estrellas filosóficas, pero el influjo de Aristóteles y su doctrina no impidió la reaparición, inmediatamente después de él, de opiniones materialistas que se reprodujeron con gran energía y que procuraron adaptarse diversos puntos de su propio sistema.

## CAPITULO IV

### El materialismo en Grecia y Roma después de Aristóteles.—Epicuro.

Vicisitudes del materialismo griego.—Carácter del materialismo después de Aristóteles.—Predominio del fin moral.—El materialismo de los estóicos.—Epicuro; su vida y su personalidad.—Cómo veneraba los dioses.—Liberación de las supersticiones y del temor á la muerte.—Su teoría del placer.—Su física.—Su lógica y su teoría del conocimiento.—Epicuro escritor.—Las ciencias positivas comienzan á aventajar á la filosofía.—Parte que corresponde al materialismo en las conquistas científicas de los griegos.

Ya hemos visto en el capítulo anterior cómo el desenvolvimiento por serie de oposiciones, al cual Hegel ha dado tan grande importancia en la filosofía de la historia, debe explicarse siempre por el conjunto de condiciones de la historia de la civilización. Una doctrina cuyo imperio había tomado tan vastas proporciones y que parecía arrastrar en su séquito toda una época, comienza á desaparecer y no encuentra ya terreno favorable en la generación naciente mientras que otras ideas hasta entonces latentes despliegan la energía de la juventud, se acomodan al carácter ya modificado de pueblos y gobiernos y da una nueva solución al enigma del mundo. Las generaciones se agotan produciendo ideas, semejándose al suelo que por haber dado durante mucho tiempo la misma cosecha se esteriliza, correspondiendo entonces al campo que quedó en barbecho producir á su vez mies nueva y fecunda. Estas alternativas de vigor y debilidad se manifiestan también en la historia del materialismo helénico; este sistema predominaba en la filosofía del siglo v antes

de Jesucristo, en la época de Demócrito é Hipócrates; sólo á fines de este siglo da paso al espiritualismo, el cual, después de haber sufrido diversas modificaciones, constituyó en el siglo siguiente el fondo de los sistemas de Platón y Aristóteles.

En cambio, de la escuela misma de Aristóteles salieron hombres tales como Dicearco y Aristoxéno, quienes negaron la substancialidad del alma, y, por último, el célebre físico Straton de Lampsaco, cuya doctrina difiere poco del materialismo á juzgar por algunas noticias que tenemos acerca de su filosofía. Straton sólo veía en el «intelecto» de Aristóteles la conciencia fundada en la sensación (37); á sus ojos la actividad del alma era un movimiento real; hacía derivar toda existencia y vida de las fuerzas naturalmente inherentes á la materia. Sin embargo, si bien es verdad que todo el siglo III está á su vez caracterizado por un nuevo vuelo del pensamiento materialista, la reforma operada por Straton en la escuela peripatética no puede considerarse más que como una tentativa de conciliación; el sistema y la escuela de Epicuro lo consiguen decididamente. Los grandes adversarios de esta última filosofía, los mismos estoicos, se acercan visiblemente, en el terreno de la física, á las opiniones materialistas.

La evolución histórica que abrió el camino á la nueva corriente de ideas fué la ruina de la independencia griega y el derrumbamiento del estado social de los helenos, terminando así este floreciente período, corto pero único en su género, y al fin del cual vemos surgir la filosofía ateniense. Sócrates y Platón eran atenienses, hombres que gozaban de ese espíritu eminentemente helénico, el cual, á decir verdad, comenzaba á desaparecer ante sus ojos. Por la época de su vida y por su personalidad, Aristóteles pertenece ya al período de transición, pero como se apoya en Sócrates y Platón se le une también al período precedente. ¡Qué estrechas relaciones entre la mo-

ral y la idea gubernamental se encuentran en los escritos de Platón y de Aristóteles! Las reformas radicales en el Estado, tal como las entendía Platón, están consagradas (como las discusiones conservadoras de la política de Aristóteles) á un ideal de gobierno que debe oponer una sólida barrera á la invasión del individualismo. Pero el individualismo era la enfermedad del tiempo; ahora vemos aparecer hombres de un carácter muy diferente que se apoderan de la dirección de los espíritus; son todavía las avanzadas del mundo griego que suministran á la nueva época el mayor número de filósofos eminentes; esta vez no salen de las antiguas colonias de Jonia y la Grande Grecia, sino principalmente de las comarcas en donde el genio griego ha estado en relación con las civilizaciones extranjeras, casi todas orientales.

El amor á las investigaciones positivas en el estudio de la naturaleza se manifiesta de nuevo con mayor energía en este período, pero la física y la poesía comienzan á separarse; aunque en la antigüedad no se haya levantado nunca entre el estudio de la naturaleza y de la filosofía una oposición tan marcada y tan constante como en los tiempos modernos, sin embargo, los grandes nombres no son ya los mismos en estas dos ciencias; los naturalistas, afiliándose á una escuela filosófica, toman la costumbre de reservarse una libertad más ó menos grande, y los jefes de las escuelas filosóficas á su vez no son ya los investigadores de la naturaleza sino que se limitan á defender y á enseñar sus propios sistemas. El punto de vista práctico que Sócrates hizo prevalecer en la filosofía se unió entonces al individualismo acentuándose mucho más, pues los puntos de apoyo que la religión y la vida política habían suministrado á la conciencia del individuo, durante el anterior período, se desploman completamente y, en su aislamiento, la inteligencia pide y encuentra en la filosofía su único sostén; de ello resultó que hasta el materialismo de esta época, á pesar del estrecho lazo que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

le une á Demócrito en lo que concierne al estudio de la naturaleza, se propuso ante todo un fin moral, quiso libertar al espíritu de dudas é inquietudes y llegar á la paz tranquila y serena del alma; pero antes de hablar del materialismo en el sentido más restringido de la palabra (véase la nota primera), daremos algunos detalles acerca del «materialismo de los estóicos».

A primera vista pudiera creerse que no existe materialismo más lógico que el de los estóicos, que consideraban como corporal todo cuanto tiene una realidad; Dios y el alma humana, las virtudes y las pasiones son de los cuerpos; no pudo haber oposición más radical que la que existe entre Platón y los estóicos; aquél enseñaba que el hombre es justo cuando participa de la idea de justicia y éstos pretenden que hay en el cuerpo la materia de la justicia. Esta doctrina tiene un tinte pasajero materialista, pero no el rasgo característico de él: la naturaleza puramente material de la materia y la producción de todos los fenómenos, comprendiendo en ellos la finalidad y la inteligencia, por movimientos de la materia conformes con las leyes generales del movimiento. La materia de los estoicos está dotada de las fuerzas más diversas, y sólo por medio de la fuerza es como cambia en cualquier circunstancia; la fuerza de las fuerzas es la divinidad, cuya actividad mueve el mundo entero al través del cual brilla; así la divinidad y la materia indeterminada están casi en oposición una con otra, como en el sistema de Aristóteles la forma y energía supremas y la simple posibilidad de llegar á ser todo lo que la forma suprema opera en la materia, en resumen, como se oponen Dios y la materia. Ciertamente que los estóicos no reconocen Dios alguno trascendente ni alma alguna distinta del cuerpo; su materia está por completo animada y no sencillamente puesta en movimiento; su Dios se identifica con el mundo, pero es algo más que la materia que se mueve, es la «razón ígnea del mundo» y esta razón opera lo que es razonable, lo que está conforme

con la finalidad, como hace la materia racional de Diógenes de Apolonia según leyes que el hombre saca de su conciencia y no de la observación de los objetos sensibles. El antropomorfismo, la teleología y el optimismo dominan, pues, por completo en el estoicismo y, para caracterizarle con precisión, se puede decir que es panteísta. La doctrina de los estóicos acerca del libre albedrío es de una claridad y pureza notable; para que un acto sea moral es preciso que dimanase de la voluntad y, por consecuencia, de la esencia más íntima del hombre; en cuanto al modo según el cual se formula la voluntad de cada hombre, no es más que una emanación de la gran necesidad y de la predestinación divina que hasta en sus menores detalles regula todo el mecanismo del universo. El hombre es responsable hasta de sus pensamientos, porque sus juicios se someten al influjo de su carácter moral.

El alma, que es de naturaleza corporal, subsiste todavía algún tiempo después de la muerte; las almas de los malos y de los desprovistos de sabiduría, cuya materia es menos pura y menos duradera, perecen más pronto; las almas virtuosas se elevan á la mansión de los bienaventurados donde continúan existiendo hasta que, en el gran abrazo de los mundos, caigan con todo lo que existe en la unidad de la esencia divina. Pero, ¿cómo los estoicos llegaron á su ambiciosa teoría de la virtud con semejante concepción del universo que en tantos puntos se acerca al materialismo? Zeller cree que su tendencia práctica les hizo adoptar la metafísica en su forma más simple, tal como resulta de la experiencia inmediata del hombre considerado en sus actos (38). Esta explicación es muy plausible; sin embargo, en el sistema de Epicuro la moral y la física están unidas por un lazo más íntimo. ¿Cómo la relación estrecha de estas dos ciencias se les escapó á los estóicos? ¿No pudo encontrar acaso Zenón en la idea misma de la unidad absoluta del universo un punto de apoyo para su doctrina de la virtud? Aristóteles

nos deja en el dualismo del Dios trascendente y del mundo al cual ese Dios imprime el movimiento, en el dualismo del cuerpo movido por fuerzas animales y de la inteligencia inmortal separable del cuerpo; ésta es una excelente base para el alma contrita del cristiano de la Edad Media que gime en el polvo y aspira á la eternidad, pero no para la arrogante independencia de un estóico. La distancia del monismo absoluto á la física de los estóicos no es grande, porque para el primero ó todos los cuerpos son necesariamente una simple idea ó todas las inteligencias, con lo que en ellas se mueve, son necesariamente cuerpos; es más, si se define sencillamente el cuerpo como los estóicos: lo que es extenso en el espacio, no existe en realidad gran diferencia entre su opinión y la de los monistas, aunque parecen diametralmente opuestas; pero detengámonos aquí, porque cualesquiera que hayan podido ser las relaciones entre lo moral y lo físico en el sistema estóico, no es menos verdad que las teorías acerca del espacio, en sus relaciones con el mundo de las ideas y de los cuerpos, pertenecen exclusivamente á la edad moderna. Ocupémonos ahora del materialismo renovado por Epicuro, materialismo riguroso fundado en una concepción del mundo puramente mecánica.

El padre de Epicuro era, según cuentan, un pobre maestro de escuela en Atenas á quien la suerte le asignó un lote en la colonia de Samos; Epicuro nació, pues, en esta isla hacia fines del año 342 ó principios del 41, antes de Jesucristo. Se refiere que un día, á los catorce años de edad, leyendo en la escuela la cosmogonía de Hesiodo, que afirma que todo proviene del caos, preguntó: «¿y de dónde proviene el caos?» No satisfaciéndole la respuesta de sus maestros, el joven Epicuro comenzó desde entonces á filosofar por sí mismo y sin guía alguno. Y, en efecto, puede considerarse á Epicuro como un autodidáctico, aunque las principales ideas que combinó en su sistema fuesen generalmente conocidas y las tomase de

otros. Desde el punto de vista enciclopédico, sus estudios preparatorios dejan algo que desear; no se unió á ninguna de las escuelas entonces dominantes, pero estudió con entusiasmo las obras de Demócrito que le condujeron al principio de su concepción del mundo y á la *teoría de los átomos*; ya en Samos, Nausifano, partidario de Demócrito é inclinado al escepticismo, le había comunicado sus ideas. Sea lo que quiera, no se puede admitir que Epicuro haya sido autodidáctico por ignorar otros sistemas, porque desde la edad de diez y ocho años residió en Atenas y es probable que siguiera los cursos de Jenofonte, discípulo de Platón, mientras que Aristóteles, acusado de impiedad, esperaba en Calcis el fin de su existencia.

¡Qué diferencia entre la Grecia del tiempo de Epicuro y la Grecia de la época de las enseñanzas de Protágoras, cien años antes! Entonces Atenas, la ciudad de la libre civilización, había alcanzado todo el poder que tuvo en el exterior; las artes y la literatura estaban en plena florecencia, la filosofía, en su vigor juvenil, llegaba hasta la presunción... Cuando Epicuro fué á estudiar á Atenas, la libertad de este pueblo agonizaba; Tebas acababa de ser destruída y Demóstenes vivía en el destierro; desde el fondo del Asia resonaban las noticias de los triunfos del macedonio Alejandro; se descubrían las maravillas de Oriente y, enfrente los nuevos horizontes, el pasado glorioso de la patria griega no aparecía más que como el preludio ya extinguido de nuevos desenvolvimientos, de los cuales nadie conocía el origen ni preveía el fin. Alejandro murió súbitamente en Babilonia y la libertad agonizante expiró bien pronto á los golpes del cruel Antipater. En medio de estas turbulencias, Epicuro abandonó á Atenas para regresar á Jonia, donde residía su familia; se dice que en seguida fué á enseñar á Colofón, á Mitilene y á Lampsaco; en esta última ciudad tuvo sus primeros discípulos; no volvió á Atenas hasta su edad madura, donde compró un jardín, en el cual vivió

con sus discípulos; este jardín, según cuentan, tenía la siguiente inscripción: «Extranjero, aquí te encontrarás bien; aquí reside el placer, el bien supremo.» Epicuro vivió allí con moderación y sencillez rodeado de sus discípulos, en una concordia y una amistad perfectas, como en el seno de una familia tranquila y afectuosa; en su testamento legó á sus discípulos el jardín, del cual hicieron ellos durante mucho tiempo el centro de reunión; toda la antigüedad entera no conoció ejemplo de una vida en común más bella ni más pura que la de Epicuro y sus discípulos. Epicuro no ejerció nunca empleos públicos, lo que no le impidió amar á su patria; jamás tuvo conflicto alguno con la religión porque reverenciaba asiduamente á los dioses, siguiendo el uso tradicional, sin afectar, no obstante, en este punto opiniones que no eran suyas.

Fundaba la existencia de los dioses en la claridad del conocimiento subjetivo que tenemos de ellos: «el ateo, añadía, no es el que niega los dioses de la multitud sino más bien el que divide las opiniones de ésta relativas á los dioses; á éstos debe mirárseles como seres inmortales, eternos, cuya beatitud excluye toda idea de solicitud ó de ocupación; así, los acontecimientos de la naturaleza siguen su marcha regulada por leyes eternas en que los dioses no intervienen; es ofender su majestad creerlos ocupados en nosotros, más no por eso deberemos reverenciarles menos á causa de su perfección». Si se reúnen todas estas aserciones, que en parte parecen contradictorias, parece indudable que Epicuro honraba en realidad la creencia en los dioses como un elemento del ideal humano, pero que no veía en ellos seres exteriores; el sistema de Epicuro quedaría para nosotros envuelto en contradicciones si no se le considerase, desde el punto de vista de este respeto subjetivo á los dioses, como poniendo nuestra alma en un acuerdo armónico consigo misma. Si los dioses existiesen sin acción, la crédula frivolidad de las masas se hubiera contentado con admitir su existencia,

pero no les adoraría, y Epicuro, en el fondo, hacía todo lo contrario; reverenciaba á los dioses por su perfección y le importaba muy poco que esta perfección se mostrara en sus actos exteriores ó se desplegara sencillamente como un ideal en nuestro pensamiento; esta última opinión parece haber sido la suya. En este sentido debemos creer que su respeto á los dioses no fué pura hipocresía y que se preocupaba de conservar buenas relaciones con la masa del pueblo y con la temible casta de los sacerdotes. Este respeto era ciertamente sincero; sus dioses indiferentes y exentos de dolor personificaban en cierto modo el verdadero ideal de su filosofía; hacía, todo lo más, una concesión al orden de cosas existente y sin duda cedía también á las dulces costumbres de su juventud cuando se unía á las formas que debieron parecerle menos arbitrarias y que, por sus detalles, sólo podían inspirarle indiferencia. Así es como Epicuro supo dar á su vida el tinte de una sabia piedad sin alejarse del fin principal de su filosofía y conseguir esa tranquilidad del alma que tiene por fundamento único é inquebrantable la ausencia de toda superstición insensata. Epicuro enseñó formalmente que el movimiento de los cuerpos siderales mismos no se deriva del deseo ó de la impulsión de un ser divino y que los cuerpos celestes no son tampoco seres divinos, sino que están regidos según un orden eterno que alternativamente produce el nacimiento y la muerte. Investigar la causa de este orden eterno es el objeto de quien estudia la Naturaleza, y, en el conocimiento de esta causa, es en el que los seres perecederos encuentran su felicidad.

El simple conocimiento histórico de los fenómenos naturales sin la comprobación de las causas no tiene valor alguno, porque no nos libra del temor ni nos eleva un punto sobre las supersticiones; cuanto más descubrimos las causas de los cambios, más sentimos la tranquilidad de la contemplación; no se debe creer que estos estudios

no ejercen influencia alguna sobre la felicidad, porque la más grande inquietud que agita al corazón humano proviene de que miramos las cosas terrestres como bienes imperecederos y adecuados para asegurar nuestra ventura; por eso temblamos ante todo cambio que viene á contrariar nuestras esperanzas; quien considere las vicisitudes de las cosas como formando necesariamente parte de su esencia, está de seguro exento de este pavor.

Otros, según los antiguos mitos, tienen un porvenir eternamente desgraciado ó, si son demasiado sensatos para experimentar semejante miedo, temen al menos como un mal la privación de todo sentimiento producido por la muerte, y se imaginan que el alma puede sufrir también esta insensibilidad; pero la muerte es para nosotros una cosa indiferente por lo mismo que nos arrebatara todo sentimiento; en tanto que existimos la muerte no es, y cuando la muerte es nosotros ya no existimos; luego no se puede temer la aproximación de una cosa que en sí misma no tiene nada que espante; es seguramente una locura todavía mayor ensalzar una muerte prematura cuando uno se halla siempre en estado de dársela; no hay mal en la vida para quien esté realmente convencido de que el no vivir no es un mal. Todo placer es un bien y todo dolor un mal, pero no ha de seguirse que sea preciso perseguir todo placer y huir todo sufrimiento; los únicos deleites durables son la paz del alma y la ausencia del dolor; ellos constituyen el fin real de la existencia. Acerca de este punto hay una marcada diferencia entre Epicuro y Aristipo, que ponía el placer en el movimiento y consideraba el goce del momento como el fin de cada acción; la vida borrascosa de Aristipo, comparada á la tranquila existencia de Epicuro en su jardín, manifiesta cómo ese contraste pasó de la teoría á la práctica; la juventud turbulenta y la vejez apacible de la nación y de la filosofía griegas parecen reflejarse en estos dos filósofos. Aunque Epicuro haya aprendido mucho de Aristipo, le combate

declarando que el placer intelectual es más elevado y noble que el placer sensual porque el espíritu encuentra emociones, no sólo en el presente, sino también en lo pasado y en lo venidero. Epicuro era consecuente consigo mismo diciendo que era menester practicar las virtudes por el placer que proporcionaban, como se ejerce la medicina para dar la salud; pero añadía que todo se puede separar del placer excepto la virtud, todo lo demás es perecedero y fácil de desatar; en esta cuestión Epicuro coincide con sus adversarios Zenón y Crisipo, que sólo veían en el bien la virtud; sin embargo, la diferencia de los puntos de partida produce las mayores divergencias entre los sistemas. Epicuro hizo derivar todas las virtudes de la sabiduría, la cual nos enseña que no es posible ser dichoso sin ser sabio, generoso y justo, y que, recíprocamente, no se puede ser justo, generoso y sabio sin ser realmente dichoso.

Epicuro pone la física al servicio de la moral y, esta posición subalterna en que la coloca, debía tener un funesto influjo en su explicación de la naturaleza; el estudio de la naturaleza, no teniendo otro fin que libertar al hombre de todo temor é inquietud, una vez alcanzado este fin no tiene ya razón alguna para continuar sus investigaciones científicas; este fin se logra desde el momento en que se demuestra que los acontecimientos pueden provenir de leyes generales; aquí la posibilidad es suficiente, porque si un hecho puede resultar de causas naturales no tengo necesidad alguna de recurrir á lo sobrenatural; en esto se reconoce un principio que el racionalismo alemán del siglo XVIII aplicó más de una vez á la explicación de los milagros; pero se olvida preguntar si podemos y cómo demostrar las verdaderas causas de los hechos, y este vacío arrastra á penosas consecuencias porque el tiempo sólo respeta las explicaciones que están sistemáticamente encadenadas y unidas á un principio único. Como veremos más adelante, Epicuro poseía dicho principio: y era

la atrevida idea de que, vista la infinidad de los mundos, todo cuanto parece posible existe realmente en el universo en un tiempo y en un lugar cualquiera; pero este pensamiento general no tiene que ver gran cosa con el fin moral de la física que debe estar en relación con nuestro mundo; así, con relación á la luna, Epicuro admitía que pudiera tener luz propia, pero que pudiera también reflejarla del sol y, cuando de súbito se oscurece, es posible que su luz se extinga por un momento y es posible también que la tierra se interponga entre el sol y la luna produciéndose el eclipse por la proyección de su sombra; la última explicación parece haber sido sin duda alguna la de la escuela epicúrea; pero está amalgamada con la primera de tal suerte que la respuesta parece distinta; ha habido las dos hipótesis, mas lo importante es que cualquiera de ellas es una explicación natural.

Es preciso que la explicación, para ser natural, descanse en las analogías de otros hechos conocidos, y Epicuro declara que el verdadero estudio de la naturaleza no puede establecer arbitrariamente leyes nuevas sino que ha de fundarse siempre en los fenómenos cuidadosamente observados; desde que se deja el camino de la observación se pierden las huellas de la naturaleza y se entra en el país de las quimeras. Por lo demás, la física de Epicuro es casi en absoluto la de Demócrito, si bien la de aquél ha llegado hasta nosotros con más numerosos detalles. Los puntos esenciales se hallan en los siguientes aforismos: «Nada procede de nada, sin lo cual todo se haría de todo; todo lo que existe es cuerpo, sólo el vacío es incorporeal. Entre los cuerpos, los unos resultan de combinaciones y los otros son los elementos de toda combinación; estos últimos son indivisibles é inmutables en absoluto; el universo es infinito y, por consecuencia, el número de los cuerpos ha de ser también infinito; los átomos están continuamente en movimiento; tan pronto se alejan unos de otros como se apromiman y se unen, y así en toda la eternidad; los

átomos no tienen más propiedades que el volumen, la forma y la pesantez.» Esta tesis, que niega formalmente la existencia de estados internos en oposición con los movimientos y las combinaciones externas, constituye uno de los puntos característicos del materialismo en general; admitiendo los estados internos en las cosas se hace del átomo una mónada y se cae en el idealismo y en el naturalismo panteísta. Los átomos son más pequeños que todo volumen mensurable; tienen volumen, pero no es posible determinarlo porque escapa á todas nuestras medidas; es asimismo imposible de determinar, por su brevedad, el tiempo que dura el movimiento de los átomos en el vacío; sus movimientos se ejecutan en él sin obstáculo alguno; las formas de los átomos son de una inexpresable variedad; sin embargo, el número de las formas visibles no es ilimitada, sin que esto quiera decir que las formaciones de cuerpos en el universo no pudieran encerrarse en límites determinados por lejanas que se las suponga. En un cuerpo limitado, la cantidad y diversidad de átomos son igualmente limitadas; la divisibilidad no se extiende, pues, hasta lo infinito; en el vacío no hay alto ni bajo, aunque deben producirse movimientos en sentidos opuestos; las direcciones de estos movimientos son innumerables y es permitido pensar que allí se operan los movimientos de abajo arriba y de arriba abajo.

El alma es un cuerpo sutil disperso en todo el organismo corporal, y á lo que más se asemeja es á un sople de aire caliente. Vamos á interrumpir por un momento los pensamientos de Epicuro para hacer una breve reflexión. Los materialistas contemporáneos rechazarían, antes que toda otra hipótesis, la existencia de esta alma compuesta de una materia sutil; semejantes ideas apenas si existen más que en la imaginación de los dualistas; pero era muy diferente en el tiempo de Epicuro, cuando nada se sabía de la actividad del sistema nervioso ni de las funciones del cerebro; el alma material de esta filoso-